



CON excepción de los centros turísticos de ambiente cosmopolita —semejantes en todo el mundo—, la Navidad mexicana es hogareña y familiar. Vieja es ya—casi tanto como la Nueva España—la ensalada de Nochebuena que convoca en torno de su multicolor y barroca composición la alegría de la casa. Betabels y lechugas, cacahuets tibios y jícamas frescas, limones y naranjas, celebran en la ancha fuente de barro o de porcelana un motín de colores y sabores sólo comparable al que la chiquillería hace estallar en el patio de cantera al romper la piñata, o al que forman las macetas florecidas entre los arcos del corredor enlosado. Si quisiera hallarse en la ensalada navideña algún símbolo de estos días, bien podía ser el de un homenaje de la tierra con sus crepúsculos morados, sus cerros de sepia y sus labranzas tan verdes y tan sorprendentemente distribuidas en el paisaje como las hebras de la lechuga en la vidriada cazuela de las ensaladas.

Luego, a la media noche, la gente sale a la «Misa del Gallo». En el limpio frío de la madrugada, los templos, dorados de luz interior y cálidos de oraciones, son más que nunca las casas de Dios, si el grado

es posible. Y a la hora de la elevación nocturna, el blanco Pan de Dios Encarnado, sostenido por la ojiva de los blancos brazos sacerdotales, recoge suavemente la adoración rendida de un pueblo que, como en el verso del mejor de sus poetas, le brinda en la Nochebuena cristiana, amplificado trasunto de la dé Belén, «el bienestar oscuro del rebaño y la dicha radiante de los hombres».

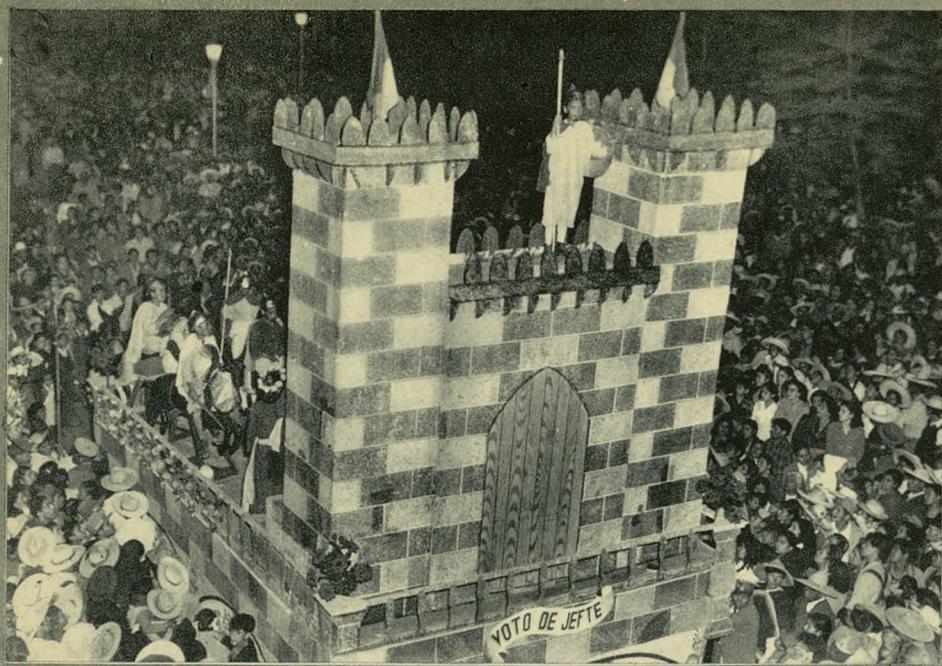
Hay, sin embargo, una ciudad mexicana que deja vacías las mesas de sus comedores y se vuelca íntegra en sus calles para celebrar una Navidad popular. Y no es, ciertamente, una ciudad rebelde la que esto hace: paradójicamente, es, quizás, la más tradicional de todas. Santiago de Queréaro, conventual y recogida, la «ciudad levítica» de México, abandona sus claustros en la noche navideña, cena de carrera

y se entrega a comer en las aceras cañas, cacahuets y buñuelos bañados de miel. Todo para ver pasar sus célebres «carros», cuyo desfile convoca año tras año desde hace siglo y medio, lo mismo a los graves señores de la vieja aristocracia regional que a los rancheros del «valle de San Juan del Río»; o que a los forasteros del Bajío, especie de meseta castellana en el corazón de México.

Los «carros» son cuadros o escenificaciones de pasajes del Viejo y del Nuevo Testamento, representados por los chicos de las escuelas y montados sobre verdaderos carros de hacienda, tirados por troncos de mulas.

De doce a quince escenas ambulantes forman el desfile, iniciado con «El Paraíso», en el que una serpiente de trapo se insinúa a una madre Eva vestida de malla bajo un árbol de papel cortado, hasta el Nacimiento del Señor, en que pastores y zagalas de seis años danzan jubilosamente en torno de la Virgen, San José y el Niño, bajo un espléndido portal de cartón, salpicado de copos de algodones. Los pasajes más gustados en el magnífico desfile suelen ser nada menos que «Elías

Navidad en Queréaro



En la página anterior, de izquierda a derecha: La carroza «Torre de Babel»: ha llegado el momento de la confusión de las lenguas y los artistas tratan de entenderse por señas.— El desfile culmina en el «Nacimiento»: pastores y zagales de seis a diez años celebran con danzas jubilosas el Nacimiento de Jesús.— «Elías, arrebatado en su carro de fuego» es una de las carrozas simbólicas más celebradas durante el desfile bíblico con que se celebra, anualmente, la Navidad en Querétaro.

En esta página, arriba: El imponente «castillo de Jefté» avanza entre la muchedumbre que durante los días navideños llena las calles de Querétaro.—La deliciosa ingenuidad popular de estas representaciones bíblicas se plasma en esta carroza, denominada «El Paraíso»: un coro de ángeles presencia la tentación de la Eva infantil.—En el centro, San José y María cierran el desfile, en el que el alma cristiana de Méjico goza inocentemente con la representación del misterio navideño.

arrebatado en su carro de fuego», «El voto de Jefté», «La huída a Egipto» o «La torre de Babel».

En la noche de Navidad, Santiago de Querétaro se vuelve por unas horas una ciudad encantada. Descendiendo de algún barrio alto, aparece de pronto el Legislador Moisés, en persona, con su luenga barba y sus tablas bajo el brazo, en afanosa búsqueda de sus judíos... y de su carro. Por alguna esquina hundida en sombras brota de pronto la fuerte Judith llevando en su mano, como quien lleva la canasta del «mandado», la cabeza del mismo Holofernes; más allá de aquel

callejón alto y empinado baja un coro de ángeles de blancas alas temblorosas y de pequeñas bocas infantiles retocadas de «rouge». Una fantasía grave e inocente, religiosa y popular, austera y fresca, puebla de bíblicas maravillas las callejas queretanas y, por unas horas, logra borrar la sensación del tiempo y del presente.

Acomodados los personajes en sus carros, se inicia el desfile al toque de la campana mayor de un templo franciscano. Y, entre luces de hachones, cánticos que relatan los episodios y alegre bullir del pueblo, el Viejo Testamento comienza a bogar por las calles empedradas hasta que la multitud se rinde, allá por el filo de la madrugada...

Navidad en Querétaro